

exacta esta última suposición, la versión griega sería considerablemente más antigua que la otra fusionada. Para explicar por qué el juramento de la comunidad de observar fielmente los estatutos y mandamientos del libro de Esdras, no impidió que este libro fuese retocado, fundido con el libro antiguo, y amplificado después, á pesar del carácter ya canónico que le había dado aquel pacto solemne, basta hacernos cargo de

LIBRO TERCERO

EL PUEBLO JUDÍO EN TIEMPO ANTERIOR AL PERÍODO GRIEGO

CAPITULO PRIMERO

LOS SUCEOS Y EL DESENVOLVIMIENTO INTERIOR DE LA COMUNIDAD EN EL TIEMPO COMPRENDIDO ENTRE EL GOBIERNO DE NEHEMÍAS Y LA APARICION DE ALEJANDRO MAGNO. LA LITERATURA.

El Antiguo Testamento no nos da noticia alguna directa de lo que ocurrió en la comunidad judía en el siglo que pasó entre el gobierno de Nehemías y la invasión del imperio persa por Alejandro Magno, invasión que arrastró toda el Asia Occidental en una nueva corriente histórica. Tampoco encontramos dato alguno relativo á la historia de la comunidad judía en el citado período en los anales y documentos históricos de otros pueblos, pues que aquella comunidad nada ofrecía que pudiese llamar la atención de historiadores extranjeros ni siquiera la del padre de la historia, aquel observador sagaz y correcto, á pesar de haber estado repetidas veces muy cerca del pueblo judío. Lo que la comunidad judía tenía de particular é interesante no lo sabían distinguir todavía los genios extranjeros en aquel tiempo.

Únicamente dos sucesos, de los cuales hablaremos luego, nos refiere de aquel período un historiador judío, Flavio Josefo, y eso sin darnos explicación suficiente de su origen é importancia.

Aquel período fué el de la decadencia del imperio persa, decadencia cada vez más patente y más irresistible á pesar de algunos triunfos pasajeros. En la familia aqueménide se fué manifestando la perversidad antigua, cada vez más horrible y repugnante; ya en tiempo de Jerjes y Artajerjes, esta familia estaba manchada de crímenes asquerosos y sangrientos, y después fué degenerando sin detenerse en la pendiente fatal por la conducta desordenada de las mujeres, la debilidad de los hombres y las intrigas de los cortesanos. Repetidas veces el fratricidio decidió la sucesión al trono; hubo rebeliones de sátrapas que fué necesario sofocar con las armas; el hermano se levantó á la cabeza de tropa griega mercenaria contra el hermano, y aunque sucumbió el rebelde, la retirada de los 10,000 griegos demostró á los ojos de todo el mundo la debilidad irremediable de aquel poderoso imperio. En Asia y en Egipto se sublevaron los pueblos con el auxilio de Estados y de jefes griegos y de sus tropas mercenarias. El Egipto recobró su libertad hasta que fué reconquistado con el auxilio de tropa griega asalariada diez años

la necesidad que tenía la comunidad de un arreglo definitivo, completo y exento de ambigüedades, de todos los usos y estatutos relativos al culto; y solo la práctica podía enseñar los vacíos que era menester llenar, para lo cual había de estar ya en uso el libro de la ley, que como toda obra humana debía ser forzosamente imperfecto. Esta es la justificación de aquellos trabajos de fusión y de ampliación.

antes de la subida de Alejandro Magno, y tropa griega fué también la que dió en otras partes triunfos pasajeros al imperio persa.

Estas guerras implicaban la marcha de ejércitos persas al través de la Palestina, y debieron de turbar, por consiguiente, la existencia tranquila de la comunidad de Jerusalem. Además la comunidad debía satisfacer la contribución territorial que le tocaba entregar al rey y los impuestos exigidos por el gobernador, además de la carga pesada que la manutención del culto le imponía, y quizás tuvo que contribuir también con hombres á las guerras del rey, aunque de esta contribución de sangre nada se dice. A pesar de todo parece que la situación de la comunidad fué, en general, tolerable y que para ella no fué opresor el dominio persa, lo cual puede atribuirse entre otras razones á la frugalidad de la gente del pueblo en Oriente, que soporta un gobierno duro con tal que vele por la buena administración de justicia y que proteja el comercio y la industria, que aseguran al individuo los medios de ganarse modestamente la vida. A esto se agregaba que el gobierno persa no molestó á la comunidad judía en lo que más apreciaba y que formaba cada día más el ideal de su vida, á saber: su culto de Jehova y el cumplimiento de sus estatutos y ley. A medida que el centro del gobierno se debilitaba, se hacían más independientes las diversas provincias del imperio. Ya veremos que á pesar de esto no dejó de sentirse por los judíos devotos el hecho del dominio extranjero como una contrariedad, pero también veremos que esta idea no inquietó mucho á los judíos en tiempos de paz y de tranquilidad, porque entonces les ocupaban otros pensamientos. Por lo general la comunidad en este siglo no fué molestada en el exterior y pudo consolidar la reforma introducida por Esdras, y hacerla su régimen de vida con los recuerdos conservados de su pasado.

Esta situación plácida explica por qué el historiador judío, Flavio Josefo, juzgó digno de ser recordado (1) un caso de intervención del gobernador persa en el gobierno religioso independiente de los judíos; caso ocurrido, según dice, en el reinado del «segundo Artajerjes,» es decir, de Artajerjes Mnemon (404-358). Dice que habiendo muerto el sumo sacerdote Judá, es decir, Joiada, hijo y sucesor de Eliasib (2), y habiéndole sucedido su hijo Johanan en aquel cargo, le

(1) Antigüedades, 11, 7, 1.
(2) Véase Neh., 12, 12.

disputó la sucesión su hermano Josué, que había conseguido el apoyo del gobernador persa Bagoses, con quien tenía relaciones de amistad. Durante un sacrificio solemne en el templo, Josué irritó tanto á Johanan, que éste, dominado por la ira, mató á su hermano en el santuario. Esto sirvió al gobernador persa de pretexto para entrar en el templo é imponer á los judíos, por vía de castigo, la contribución de 50 dracmas por cada oveja que en adelante sacrificaran, respondiendo á los que le reconvenían haber profanado con su presencia el templo, que él le profanaba mucho menos que el cadáver de la víctima del fratricidio. Siete años pesó el nuevo impuesto sobre la comunidad. El hecho del fratricidio en el templo no admite duda, ya que lo refiere un judío, sacerdote por su linaje, y es otro ejemplo de los peligros que ofrecían las aficiones mundanas y la degeneración moral á las autoridades supremas de aquella jerarquía sacerdotal.

El otro suceso ocurrido en el mencionado período, cuya memoria han conservado Eusebio (1) y Solino (2), es bastante oscuro. Los datos de estos escritores solo permiten suponer que en la sublevación de las ciudades fenicias contra Artajerjes Oco (358-338) tomaron parte judíos, en particular los habitantes de Jericó, pues se refiere que esta ciudad fué destruida entonces y que Artajerjes hizo prisionera una parte de la población judía y la trasladó á Hircania.

Hay otros dos sucesos de gran importancia histórica, cuyos orígenes datan justamente del período de que aquí tratamos, y que prueban la transformación grandísima que se operó en la vida del pueblo judío; pero sobre ellos desgraciadamente nos falta toda noticia directa, á pesar de que uno, la admisión de los galileos en la comunidad judía, ejerció en sus destinos una influencia inmensa. El otro suceso consistió en la sustitución lenta de la lengua hebrea por el idioma arameo occidental, que era el de las comarcas arameas situadas al Norte de Palestina y al propio tiempo la lengua oficial en la provincia persa del Oeste del Eufrates.

La desaparición de la lengua hebrea como lengua viva que empezó á efectuarse en el siglo comprendido entre Nehemías y Alejandro, es uno de los sucesos más notables en la historia de Israel. Cuando el carácter especial de la comunidad judía adquirió una fijeza que le permitió resistir victoriosamente todas las influencias exteriores y aumentar su robustez interior, la lengua en la cual Dios se había revelado á su pueblo empezó á ceder su puesto á la lengua aramea, que se fué difundiendo desde el Norte por el pueblo judío. En la época de que hemos tratado se escribió ya en lengua aramea una historia de la fundación de la comunidad de Jerusalem, de cuya obra se han conservado en el libro canónico de Esdras los restos de que hemos hablado en otro capítulo anterior. La invasión de la lengua aramea continuó su marcha progresiva también bajo el dominio griego, pues la lengua griega, no obstante las muchas colonias griegas que había en Palestina, no pudo arraigarse en la población judía. En tiempo del Redentor no se hablaba ya el hebreo por el pueblo. El idioma vulgar era el arameo, y sin embargo, el hebreo era y es la lengua de la Sagrada Escritura, de la cual sacaba su vitalidad la existencia espiritual del pueblo judío. Era la lengua de la ley en cuyo cumplimiento consistía el ideal religioso de la época; era la lengua del culto, cuya observancia correcta aseguraba la salvación y la dicha de la colectividad.

Este hecho prueba que la comunidad, bajo el amparo de su ley, cada día más sólidamente establecida, y bajo el dominio extranjero, se había acostumbrado á considerarse cada día más como una colectividad religiosa con su culto espe-

(1) Chron. Can. 1657. Abr.
(2) Memor. 35, 4.

cial, y que en la misma proporción había ido perdiendo el espíritu nacional político con sus ambiciones y fines particulares, uno de los cuales era la conservación del idioma patrio. La vida conforme á su ley religiosa y el culto podían continuarse practicando sin ningún perjuicio para los efectos de las promesas de Dios, aunque la lengua del culto y de la ley fuese desapareciendo de la vida material y vulgar; ni el estudio de la ley de Dios podía contrarrestar esta corriente, porque en este estudio no se ocupaban entonces, como al principio, sino algunos varones eruditos muy contados. Así la lengua aramea occidental no encontró ningún obstáculo en su difusión, tanto menos, cuanto que además de ser la lengua oficial del gobierno persa en toda la provincia occidental del Eufrates, era la lengua corriente y vulgar en la misma provincia, cuyos habitantes pertenecían en su mayoría á la raza aramea. La lengua hebrea de los antiguos israelitas se fué concentrando gradualmente en el culto y en las escuelas doctas; y hasta como lengua del culto sufrió, conforme se ve en los salmos, la influencia del arameo, no solamente en la construcción sino hasta por vía de sustitución, y esto sobre todo, como era natural, en las escuelas doctas. De esta manera se fué aproximando lentamente la extinción completa del hebreo de entre las lenguas vivas.

Primero el hebreo debió de ceder su puesto de lengua vulgar al arameo en las comarcas septentrionales limítrofes de las arameas, y desde allí el arameo continuó su marcha invasora en dirección del Sur. Si se supiese en qué época el Cantar de los Cantares recibió su forma actual, en la cual se presenta como un arreglo de canciones de bodas inventadas probablemente todas después del cautiverio de Babilonia y usadas en el Norte del país, podría servir este dato para formarnos una idea de la invasión de la lengua aramea en las comarcas del Norte (3).

El apocalipsis de Daniel escrito por el año 164 antes de J. C., es la última prueba del empleo de la lengua hebrea, que ya aparece fuertemente influida por la aramea en una obra destinada á ser leída por el pueblo judío en general. Resultando cerca de las tres quintas partes del libro escritas en arameo, es evidente que esta lengua era usada y comprendida como la hebrea por el pueblo judío en general en aquella época. Verdad es que el hebreo de la Mischna prueba que los doctores de la ley sabían hablar y escribir hebreo todavía en el primer siglo de la era cristiana, pero este hebreo no era ya el del Antiguo Testamento, ni puede considerarse tampoco como lengua viva.

Ahora bien: en presencia de estos dos hechos, á saber, el abandono de la lengua patria y la conservación y hasta el robustecimiento simultáneo de la nacionalidad judía, no hay más explicación posible sino la de que para el pueblo judío de entonces la religión era la nacionalidad y en la religión se concentraban todos los sentimientos nacionales y de amor patrio.

Varios pasajes de las Crónicas indican que la comunidad

(3) El estudio más fructífero sobre este libro único en su clase es el que ha publicado en nuestro tiempo I. G. Wetzstein en su artículo: «Sobre el trillo sirio» en el periódico alemán etnográfico de Bestian, 1873 (Véanse también Delitzsch: «Hoheslied und Koheleth,» Leipzig, 1875, página 165, etc.). — La hipótesis de ser el Cantar de los Cantares un drama es inaceptable, porque el pueblo judío jamás tuvo teatro ni representaciones teatrales, lo cual excluye desde luego el uso literario de la forma dramática. Lo más singular es la suposición de que el Cantar de los Cantares celebra el amor fiel que una aldeana guarda á su desposado resistiendo á las seducciones del haren del rey. En el Cantar no se dice una sola palabra de una joven que se resiste, antes bien repetidas veces se alude claramente á la unión de los novios (Véase I. 4. 6. 17. 2, 2-7. 4. 11, etc. 5, 1). Los nombres de rey y amante son aplicados solamente al novio.

al principio de la época griega, cuando no antes, había renunciado al sistema introducido tenazmente por Esdras y Nehemías de no admitir en su seno descendientes de la población israelita antigua del país. De estos pasajes es el más importante el que se encuentra en la relación 2. Crón., cap. 30, de la celebración tardía de la Pascua en tiempo de Ezequías. La indicación de esta renuncia se funda en las noticias escuetas del Libro de los Reyes sobre la reforma de Ezequías (2. Reyes, 18, 4), pero de las cuales la Crónica discrepa en gran manera. Es muy probable que el relato de la reforma y celebración de la Pascua de Josías en 2. Reyes, cap. 23, haya influido mucho en las ideas del cronista tocante á la celebración de la Pascua de Ezequías, pero aun admitiendo la imitación, no se explican los pormenores de este último relato y para la explicación de las discrepancias es menester admitir la influencia de sucesos y circunstancias del tiempo del cronista. Según dice el relato del Libro de los Reyes, Josías marchó al reino del Norte, donde introdujo la reforma á la fuerza; Ezequías, sin embargo, según las Crónicas envía pregoneros por todo el territorio de Israel excitando en nombre del rey á los israelitas á convertirse y á acudir al santuario de Jehova. El resultado de esta propaganda se refiere en 2. Crón. 30, 10, en estos términos: «Pasaron, pues, los correos de ciudad en ciudad por las tierras de Efraim y Manasés hasta Zabulon; mas se reían y burlaban de ellos. Con todo, algunos hombres de Aser, de Manasés y de Zabulon, se humillaron y vinieron á Jerusalem.» Indudablemente hay en esta noticia por una parte la confesión de que la población de las comarcas centrales era contraria al culto de Jerusalem, sin duda porque su culto era samaritano, y por otra parte la afirmación del ingreso en la comunidad judía de algunos individuos galileos. Es de lamentar que la relación del aplazamiento de la celebración de la Pascua de Ezequías hasta el segundo mes, á fin de dar tiempo á los hombres de Efraim, Manasés, Isacar y Zabulon para purificarse, conforme estaba preceptuado, no diga si este aplazamiento iba relacionado con circunstancias especiales.

Antes de haberse decidido la admisión de israelitas establecidos fuera del territorio en la comunidad, es natural que se hubiese concedido la admisión al culto á los israelitas establecidos dentro del mismo territorio; y este cambio de disposición induciría á los de la comunidad á hacer la propaganda en el exterior, lo cual se confirma por el relato de la purificación del culto efectuado por Asa, en 2. Crón., capítulo 15, vers. 9, donde se refiere que Asa convocó á todo Judá y Benjamin, «y con ellos los extranjeros de Efraim, y de Manasés y de Simeon, porque muchos de Israel se habían unido á su causa, viendo que Jehova, su Dios, estaba con él»

Basta por lo demás la manera de expresarse del cronista para probar que al principio de la época griega no tenía nada de extraordinaria la admisión de prosélitos, que el cronista designa con el nombre de *nibáal*, que significa un individuo que ha renunciado al paganismo y se mantiene de él alejado. Sin embargo en tiempo de Esdras y Nehemías se usaba la misma palabra todavía para expresar la segregación de la comunidad respecto de la población indígena del país.

A medida que la observancia de la ley se hizo general, se efectuaron ciertos cambios en las costumbres sociales; pues con la importancia del culto público, con su observancia estricta y con la convicción cada vez más arraigada de que esta observancia era la garantía de la existencia y conservación de la nación y de la realización de sus esperanzas, se aumentaron la importancia y consideración de que eran objeto todas las personas empleadas en las operaciones rituales. Ya hemos visto que todavía en tiempo de Nehemías el sumo

sacerdote ocupaba entre los notables del pueblo un puesto superior únicamente como honorífico, y que los que gobernaban el pueblo eran los jefes laicos; pero ya encontramos á sacerdotes aliados por lazos matrimoniales á familias laicas, y en la relación de la reedificación de la muralla hemos visto á levitas encargados de importantes puestos en la administración. Poco á poco el sumo sacerdote llegó á ser, sin embargo, el personaje más influyente en la comunidad; á su alrededor se agrupan á manera de nobleza clerical las numerosas familias sacerdotales y después de ellas las categorías inferiores de servidores del templo; y á medida que el culto prospera y predomina en la comunidad judía, á medida que se aumenta el número de la comunidad, prospera también y se aumenta la importancia de las clases ocupadas en el servicio del templo á las cuales aseguraban una existencia tranquila y regalada las ofrendas del culto diario y los impuestos crecidos á favor del templo. Seguramente muchas familias de sacerdotes pudieron entonces acumular riquezas, aumentando así la consideración de que gozaban ya por su dignidad sacerdotal.

Solo una familia laica, la de David, distinguida entre todas por los gloriosos recuerdos del gran rey y por los vaticinios de los profetas, no fué considerada inferior á las sacerdotales, pero aun esta familia, que ningún puesto especial ocupaba en las ceremonias del culto, hubiera quedado al fin oscurecida y confundida entre la masa laica, si la idea mesiánica no hubiese llamado de cuando en cuando la atención de la opinión sobre ella. La profecía de Zacarías, cap. 12, cita esta familia en primer lugar y después de ella la casa de Leví.

En el Libro de las Crónicas podemos observar muy bien el aumento de consideración que andando el tiempo había cabido á todas las familias ocupadas en el servicio del templo, así como las demás modificaciones secundarias que este aumento había llevado en pos de sí en la sociedad judía, y en especial en estas familias favorecidas. En los libros de Esdras y de Nehemías, encabezan las listas de linajes y familias por lo general las familias laicas y sus jefes (1); pero el cronista coloca á la cabeza el personal del templo. Por otro lado, los muchos sacerdotes del país, á fin de tomar parte por igual en el servicio del templo se han dividido en 24 grupos (2) según se ve en 1. Crón., cap. 24; que hacen el servicio según 2. Crón. 5, 11 por orden y relevándose por lo general los sábados según vemos en 2. Crón. 23, 4, 8. Igual división en 24 grupos existía según 1. Crón. 23 entre los levitas. El cap. 25 enumera los 24 grupos de cantores, y el capítulo 26 los de los porteros. Esta organización fué atribuida por parecer muy antigua é importante al rey David, el fundador del reino político de Israel.

El cambio operado en la importancia relativa de las clases ocupadas en el servicio del templo se manifiesta particularmente en la posición que ocupan los cantores según el Libro de las Crónicas. Estos cantores habían regresado en número de 200 del cautiverio de Babilonia; eran considerados todavía después de su regreso al nivel de siervos, y no eran contados por lo mismo entre los levitas, como tampoco

(1) Como en Esdras, 2, y Nehemías, 10. No así en la lista, Esdras, 8, debida al sacerdote Esdras.

(2) Es singularísimo que los 24 grupos de sacerdotes se encuentren enumerados en esta parte de las Crónicas entre las familias levitas y de los cantores. ¿Han sido simplemente intercaladas ó han sido trasladados sus nombres allí expresamente? El principio del capítulo 23 también da lugar á consideraciones encontradas, sin contar que en este capítulo espera el lector hallar solamente la enumeración de los levitas. No obstante, por lo que toca á la división en grupos no hay duda que existía ya al principio de la época griega, conforme resulta sin dejar lugar á duda de aquellos otros pasajes de las Crónicas.

lo eran ni los porteros ni los esclavos del templo (1); pues bien, en el Libro de las Crónicas ya los vemos formados en tres grandes grupos, los de los hijos de Asaf, Heman y Etan, ó sea Idutun (2) que hacían subir su linaje hasta una antigüedad remota, pero que por una genealogía artificial no muy en consonancia con esta pretensión (3) se suponían descendientes de las tres ramas levitas de Gerschom (Asaf), Kehat (Heman) y Merari (Etan ó sea Jeduthun) (4). La pretensión de los grupos de familias cantoras de ser ramas de la tribu sagrada porque funcionaban en el templo, de nada les habría valido si la comunidad no hubiese estado ya dispuesta á reconocer su pretendido linaje, pues estaba en la creencia de que el servicio que las asociaciones de cantores prestaban en el culto databa desde la antigüedad más remota, y por lo mismo veía en los cantores personas sagradas, y en realidad eran la boca de toda la comunidad cuando cantando salmos ante el altar profesaban la fe y anunciaban las esperanzas de Israel. Los cantores no solamente eran custodios de los cánticos sagrados; también eran los autores, los poetas y compositores de estos cánticos como en la antigüedad eran en todos los países los poetas y viceversa. Los cantores del templo fueron los que prestaron palabras y armonía musical á la fe de la comunidad. En el libro canónico de los salmos se atribuyen salmos sueltos y colecciones de salmos á estos grupos de cantores como al de Asaph los salmos 50, 73-83, al de Heman el salmo 88, y al de Etan los salmos 89 y 39 (Jeduthun). La derivación de las familias cantoras de la tribu de Leví y el atribuir la fundación de las corporaciones de cantores á Samuel y á David, los dos varones más ilustres en la historia religiosa y política del pueblo de Israel, demuestran la gran importancia que el canto sagrado había adquirido en la comunidad judaica en el período de que aquí tratamos.

El ascenso en categoría que realizaron las clases inferiores de los servidores del templo al ser reconocidas como ramas de la tribu de Leví, se observa también entre estas mismas clases. Según las Crónicas, los porteros eran inferiores á los cantores; familia de porteros es la corita ó la de los hijos de Corah que 1. Crón. 9, 19, 26, 19 se cita como familia de porteros encargada ya por Samuel y David de la custodia de las puertas, tesoros y provisiones del santuario; mas en 2. Crón. 29, 19 se les cita como agrupación cantora, y según 1. Crón. 6, 7, 22 es permitido inferir que esta familia se contó como descendiente de Coath, si bien la distingue de esta familia 2. Crón. 20, 19. En el libro canónico de los salmos se atribuyen á esta agrupación corita los salmos 42, 44-49, 84, 85, 87 y 88.

La vida intelectual del mismo período se refleja fielmente en la literatura que de este tiempo se ha conservado y cuyos rasgos característicos consisten primero en que toda ella se apoya en una escritura sagrada, es decir, que tiene por base ideas antiguas, y segundo en que considera el presente y el pasado del pueblo desde el punto de vista de su porvenir, en el cual espera ver realizados sus ideales ya que el presente no ofrece para esto la menor esperanza.

En este mismo período también sufrió el pueblo judío la influencia de ideas religiosas de otros pueblos, pero sin que traspasaran la periferia de la fe; como en la idea del gobierno del mundo, en la cual tendremos que señalar la influencia de la idea persa de Dios.

(1) Esdras, 2, 41, 10, 24, y Neh., 12, 28 (La segunda mitad del versículo 27 es de la pluma del cronista).

(2) La identidad de Etan é Idutun ó Jeduthun resulta de 1. Crón., 9, 16, 25, 1, 6, 2. Crón., 5, 12, 35, 15, Neh., 11, 17.

(3) Etan es según 1. Reyes, 5, 11 Esdrasita, es decir judeo.

(4) Véase 1. Crón., 6, 16, etc. 1. etc. 27, 1, etc. 2. Crón., 5, 12 y 13.

El cuidadoso estudio del pasado y la esperanza del porvenir fueron consecuencia del dominio de la ley. Era menester apropiarse é identificarse con la ley adoptada y jurada en el año 444, y esto condujo á la contemplación del pasado. A esta ley fué menester adaptar la vida pública como la privada con la mayor escrupulosidad, ya que para la comunidad la ley era la manifestación de la voluntad de Dios, y por esto se consideró el estudio de la ley como la ocupación principal de todas las inteligencias. Ya hemos indicado más arriba que el estudio de la ley no comprendía solamente su lectura y explicación, sino también su aplicación en la práctica, y por lo mismo condujo á la fusión y consiguiente arreglo de los libros de ley existentes, de lo cual resultó la forma que hoy tiene el Pentateuco. Los datos suministrados por Esdras y Nehemías nos permiten suponer que al principio los sacerdotes y levitas fueron los que se ocuparon en el estudio de la ley, y solo sacerdotes y levitas tomaron probablemente parte en la redacción del Pentateuco. La ocupación de los laicos con la ley se limitaría acaso á las lecciones que de la ley les darían los sacerdotes y levitas, si bien nada sabemos de semejante enseñanza ni menos de la extensión que se le pudo dar. Para la gran masa de la población serviría de enseñanza únicamente el culto, conforme sucedió todavía muchísimo tiempo después, ya que el culto era un testimonio diario de la obligación de observarlo para no apartarse de la senda de Dios.

Además de la ley religiosa se cuidaron los inteligentes de los restos de la literatura antigua que trataban de la historia de los antepasados del pueblo, pues para esto servía aquella historia de ejemplo instructivo y de aviso. Estos restos fueron reunidos en una obra que consta de los libros de Josué, los Jueces, Samuel y los Reyes. El libro de Josué prueba, conforme hemos expuesto en la primera parte, que la redacción de estos libros fué posterior á la redacción final del Pentateuco. Hay recuerdos de que formaban una parte separada del cánon, con el título de «los profetas anteriores» y siguen inmediatamente después del Pentateuco. Con este trabajo acabó el estudio de la literatura histórica antigua conforme hemos descrito y explicado en el primer capítulo de esta parte.

Hubo entonces también un nuevo modo de presentar la historia de Israel. El pueblo judío había sido acostumbrado por el código sacerdotal á creer que en épocas pasadas había gozado Israel todos los bienes que poseía y que esperaba todavía poseer. Si la comunidad á la sazón vivía bajo el dominio extranjero, acordábase de que sus antepasados habían poseído la Tierra Santa gobernados por sus reyes propios, y los más poderosos entre estos habían extendido su dominio más allá de los confines del país, del cual la comunidad poseía solo una parte. Considerado el pasado desde su situación política pobre, adquirió un gran esplendor, y para dar más autoridad á sus instituciones se acostumbraron los judíos á presentarlas como fundadas en la época de las glorias nacionales y á explicarlas así, conforme se hizo con las divisiones en grupos de los sacerdotes y de los cantores. Mas á medida que el pueblo judío se identificó con las nuevas condiciones de existencia nacional, se redujeron sus ambiciones y propósitos patrióticos al culto y á la religión, al mismo tiempo que la comunidad perdió la aptitud para comprender la supuesta gloria de su pasado de una manera distinta del esplendor del culto y del dominio perfecto de la ley religiosa. Los judíos de la comunidad no sabían comprender ya en el siglo que pasó entre el gobierno de Nehemías y la invasión de Alejandro Magno la vida y el reinado terrenales de los antiguos reyes judaítas. Cuanto más el pueblo judío se penetró de la creencia de que toda obra humana recibe la paga

que se merece, tanto más se persuadió de que lo mismo sucedía con los pueblos y en particular con el suyo propio. Pero á esta creencia no se adaptaban las tradiciones históricas antiguas, porque al referir los hechos de los grandes reyes de Israel, para nada se mencionaba el imperio de la ley, y si los reyes tenían y defendían intereses religiosos, eran otros distintos de los del judaísmo, pues habían seguido propósitos terrenales que la religión de la comunidad de Jerusalén consideraba como extravíos. Por lo demás, estas relaciones históricas no se cuidan de la creencia en la expiación, á pesar de los arreglos deuteronomistas muy vigorosos que han sufrido, muy particularmente en el punto de las recompensas y los castigos.

Esta falta de conformidad entre los relatos históricos antiguos y las ideas religiosas modernas que trataban de hacerlos servir de ejemplos instructivos, dió lugar á un arreglo nuevo de la historia pasada, por el cual el pueblo judío pudiera comprender en la vida de sus reyes la utilidad del cumplimiento exacto de su ley. Con este fin se le hizo ver que mientras el pueblo de Israel observó la ley de Moisés y no buscó mas gloria que la de rendir culto á su Dios, vióse colmado de todos los bienes de la tierra, siendo como nación poderoso y respetado entre todas las demás naciones, hasta que sus pecados obligaron á Dios á quitarle los bienes de que le había colmado. Por este camino se llegó á la manera completamente errónea de presentar la historia de Israel, manera iniciada ya por el código sacerdotal, y que tiene por término la idea de que el pueblo judío no era el resultado de la historia del pueblo de Israel antiguo, sino una restauración humilde de lo que fué Israel en otro tiempo y de lo que perdió por sus pecados posteriormente á la época de David. Así es que se hubo de empezar la historia no con el pueblo de Israel antiguo, sino con una ficción de un pueblo ideal á la manera que se lo figuraban en la comunidad de Jerusalén en el período histórico que precedió á la invasión de Alejandro Magno y á la época griega. En esta ficción aparecen los reyes del pueblo de Israel antiguo, con virtudes y vicios que podían servir de ejemplo saludable á los judíos.

En la primera parte de esta obra hemos expuesto que esta tendencia está representada por el Libro de las Crónicas y que no es el primer libro escrito con igual propósito, pues se refiere á una obra análoga, como hemos demostrado también en la primera parte. En las Crónicas solo tenemos el fin y remate de un movimiento espiritual.

En vista de lo expuesto, se comprende que el libro de las Crónicas ha de ser una fuente preciosa para el estudio del período de que tratamos, porque este libro, al atribuir las ideas y la fe de su tiempo á la historia pasada, hace de esta historia una imagen ideal de su propio tiempo, y esto con la misma sencillez con que supone existentes en la antigüedad la civilización y las demás circunstancias de su propia época. Así es que el rey David cuenta el dinero por dáricos y piensa como un judío observador fiel de la ley perteneciente á la comunidad de Jerusalén.

Esta ineptitud de los arregladores para comprender las diferencias de épocas es justamente lo que al libro de las Crónicas presta tan gran valor como fuente histórica para el período que precedió á la época griega y para el principio de ésta.

Hemos dicho que el dominio de la ley hizo que la comunidad dirigiera sus miradas al pasado y al porvenir y que cobrara nuevo vigor la esperanza mesiánica. Esta era la consecuencia natural de la fe en la recompensa que aguardaba al que cumpliera correctamente los preceptos de la ley. La comunidad creía merecer por su piedad esta recompensa, y no obstante continuaba sometida á los paganos.

La esperanza mesiánica hacia soportable esta contradicción

entre la realidad y la promesa de la recompensa, no cumplida todavía, pero que debía cumplirse en adelante. La esperanza mesiánica consoló también á los devotos creyentes de la contradicción entre la suerte real del individuo y la fe en la justicia divina. La fe en un glorioso porvenir del pueblo judío daba al individuo fuerza y valor para cumplir gozoso los preceptos de la ley, sin dejarse extraviar por la experiencia diaria de la vida real. Como en general el hombre se deja llevar de esperanzas, el judío aceptaba, sin que su fe se debilitara, las desdichas individuales y nacionales, y con la conciencia de contribuir con sus obras y conducta á la gloria futura prometida á su pueblo, se consolaba de no recibir todavía ni como individuo ni como pueblo la recompensa de su cumplimiento fiel de la ley. Con la esperanza mesiánica que hacia tolerables los defectos de la ley, se mantenía el pueblo judío en la convicción de vivir en el reinado y bajo la protección de Dios Todopoderoso.

El estudio de los escritos de los profetas mantenía á su vez viva esta esperanza, de suerte que también bajo este punto de vista el espíritu judío se alimentaba de su pasado; bien que el cultivo del estudio y el conocimiento de los escritos proféticos significó mucho más que la posesión de la idea mesiánica y la conservación del elevado grado de fe religiosa que se había alcanzado. En efecto, el estudio de los profetas facilitó el desenvolvimiento de la idea religiosa; y así del judaísmo pudo nacer el cristianismo, porque no solamente se habían apropiado ciertas ideas proféticas comprendidas en la ley, sino que toda la vida religiosa y moral recibía sin cesar la influencia del inagotable tesoro de las demás ideas proféticas; y cuán importante fué esta influencia, lo hemos indicado antes. Además, los resortes de la literatura profética contribuyeron á desvanecer dos peligros á que daba lugar el dominio de la ley. Uno era que la importancia dada al culto podía menguar la de la moral pura, y hacer juzgar de la moralidad por el cumplimiento de las ceremonias prescritas por la ley; y el otro era, que la vida adaptada al culto acabara por hacer de éste una religión nacional petrificada. El estudio de los escritos de los profetas impidió ambas exageraciones, porque en aquellos escritos se predicó á la comunidad judía la universalidad del reino de Dios; se le dijo que Dios además del cumplimiento de la ley miraba también á los pensamientos y la conducta del hombre. Sin embargo, este efecto del estudio de los escritos de los profetas acaso no se hizo sentir sino de una manera rudimentaria antes de la época griega.

Concluida la redacción del Pentateuco, empezó á aficionarse la gente letrada al estudio de la ley; y cuando los restos de la literatura profética habían sido coleccionados y arreglados, empezó el estudio de los escritos de los profetas que desde siglos eran ya considerados como escrituras sagradas, pero que coleccionadas como una especie de continuación del Pentateuco adquirieron valor canónico, es decir, el carácter de autoridad en la vida de la comunidad, la categoría de escritos en los cuales como en el Pentateuco, Dios había manifestado su voluntad á su pueblo, y por lo mismo debían ser considerados como ley. Esta consideración aseguró á los escritos proféticos la autoridad canónica en la comunidad, por supuesto faltando á su valor histórico y religioso.

La redacción final del Pentateuco llevó en pos de sí la redacción final de la literatura profética, y esto hace suponer eliminaciones, enmiendas y arreglos en los textos antiguos, como se hizo en la redacción definitiva del Pentateuco, según está hoy generalmente admitido, si bien algunos continúan negando que se hicieran arreglos análogos en los escritos proféticos. El estado material en que estos escritos llegaron á la época de que tratamos ahora obligaría probablemente á hacer

arreglos, ya por el estado defectuoso de los manuscritos, ya por el estado aislado de muchos escritos que para reunirlos en un conjunto habrán hecho necesarias interpolaciones. Lo mismo debió de ser necesario para reunir profecías ú oráculos sueltos y colecciones de profecías de un mismo autor. Además de estos motivos materiales ó de forma habrá obligado probablemente á retoques de toda clase el contenido de los escritos y restos de escritos conservados; y si las contradicciones entre los diferentes escritos originales que fueron utilizados para redactar el Pentateuco en su forma definitiva, hicieron necesarios arreglos en la redacción final, si bien esta dejó felizmente mucho sin arreglar, también habrá habido sus contradicciones en los escritos proféticos que manos expertas habrán hecho desaparecer mas ó menos acertadamente, como ya hemos hecho ver respecto del capítulo 6 de Zacarías, donde ha sido eliminada la profecía según la cual había de ser proclamado Zorobabel rey mesiánico una vez reedificado el templo. Eliminado este pasaje quedó toda la profecía conforme á la profecía mesiánica general y también al curso de la historia, y en la primera parte de esta obra hemos demostrado la supresión de una parte del texto original en el capítulo 7 de Isaías y su sustitución con una interpolación poco hábil, todo para hacer desaparecer una contradicción con la historia. También se han completado en la redacción definitiva los pasajes en los cuales no parecían estar los pensamientos religiosos á la altura de las ideas que prevalecían en la comunidad cuando se llevó á cabo la redacción definitiva. Se añadieron en este concepto esperanzas que al parecer faltaban, como la figura del rey mesiánico de la estirpe de David, y la esperanza de la reunión de Judá y de Israel bajo un solo cetro en las profecías de Oseas, cap. 2, 1-3, 3, 5, sin que los arregladores advirtieran la contradicción en que caían con el fondo del pensamiento de Oseas. También en Amós 2, 4, la redacción final ha completado una profecía de amenazas contra Judá que pareció faltar al contexto general, y se ha ayudado de una plumada á los argumentos de los autores antiguos cuanto su fuerza dejaba que desear. Esto se ha hecho desde el punto de vista de la idea de Dios mas moderna y mas adelantada en Amós 4, 13, 5, 8 y 9 y 9, 6. El mismo concepto merece el trozo de Jer. 10, 1 etc., que hace ver la nulidad de los dioses paganos. En Jerem. 12, 1 etc. se ha añadido la doctrina judía de la recompensa y del castigo. Muchas profecías de desgracias recibieron en la redacción final añadidas consoladoras como Jer. 16, 14 y 15, 17, 7, etc.

Estos arreglos de los textos de los libros proféticos antiguos no han llamado todavía la atención de los comentaristas como se merecen (1), por cuya razón solo tocamos aquí estos arreglos ligeramente, y á fin de evitar juicios erróneos advierto desde luego que arreglos de los escritos proféticos, parcialmente conservados, pueden haberse practicado antes y después de la época de que aquí se trata, porque á juzgar por señales inequívocas no recibió la colección de escritos proféticos su forma actual antes del principio de la época griega.

Las mismas causas que impulsaron á los judíos doctos en el siglo que medió entre Nehemías y la aparición de Alejandro Magno á estudiar los restos de los escritos de los profetas antiguos, hicieron también que al hablar de las esperanzas del porvenir de la comunidad, se ajustaran los autores á estos restos de la antigua literatura profética, con la mayor

exactitud posible tanto en la forma como en el contenido. Es decir, que también en esto se sentía la necesidad de apoyarse en el pasado para mayor autoridad, pues que en los restos conservados de la literatura profética antigua estaba la palabra de Dios y por lo mismo eran estos restos fuentes de instrucción para el que exponía las esperanzas del porvenir. Nadie podía dudar que de lo anunciado por los antiguos hombres de Dios, lo que no se había cumplido y lo que en el trascurso del tiempo no había quedado desmentido por los hechos, se había de cumplir todavía. Aquellos pues que se sentían movidos á anunciar á la comunidad lo que podía esperar, debían regirse por lo que sobre esto habían dicho los antiguos, en la seguridad de que las profecías antiguas habían de cumplirse.

Esto explica porqué las profecías de la época de que se trata repiten á menudo hasta literalmente las ideas de los escritos antiguos, por cuyo motivo damos á estos escritos de la época que precedió inmediatamente á la griega el nombre de «literatura profética reproductora (2)». Estos autores reproductores de ideas y expresiones de los antiguos se valían de ellas siempre que tenían motivo para esperar el cumplimiento definitivo de las promesas de Dios, motivo que les impulsaba á participar á su comunidad tan alegre y consoladora esperanza.

Estos escritos, tanto por su analogía con la literatura profética antigua como por no reconocer un autor determinado (3), muestran la relación que tienen con la redacción final de los escritos proféticos; por otro lado forman la continuación de la literatura profética posterior al destierro que hemos visto en los libros de Ageo, Zacarías y Malaquías. No ofrece con estos la misma analogía que tiene con los escritos proféticos antiguos, porque cuando los mas modernos escribieron eran otras las circunstancias, pues que se escribía ya bajo la influencia mas dominante y autoritaria de una Escritura Sagrada decididamente canónica.

Los productos proféticos de esta época dan á conocer claramente que la esperanza mesiánica no ocupó siempre por igual la imaginación de la comunidad, sino que tuvo sus intermitencias y fué mas viva en ciertas circunstancias bajo cuyo dominio fueron también engendrados estos escritos proféticos reproductores. Cierto que en muchos corazones piadosos estuvo siempre viva con igual fuerza la esperanza mesiánica y que muchos devotos se dedicaron con igual amor y perseverancia al estudio de los profetas antiguos; pero la masa del pueblo, en épocas de paz, de tranquilidad y de prosperidad y en la convicción de que viviendo bajo el dominio de la ley santa fielmente acatada se vivía en un reino de Dios, pensó con menos predilección en la esperanza mesiánica que cuando padecía y necesitaba consuelo. Mientras las condiciones de la situación fueron satisfactorias; mientras nadie molestaba á la comunidad en el ejercicio de su culto ni en el disfrute de los bienes materiales que daba la Tierra Santa y mientras el cumplimiento de los preceptos de la ley tenía tranquilas las conciencias, la imaginación del pueblo no se cuidaba de las recompensas á que el cumplimiento exacto de la ley daba derecho á la comunidad. Cuanto mas contenta se hallaba esta del bien presente y cuanto mas asegurada parecía su duración, tanto menos motivo tenía para cuidarse del porvenir; pero volvía á dirigirse á él la atención pública

(2) No se comprende que haya quien crea poco menos que imposible este trabajo reproductor que llaman los incrédulos «un trabajo de mosaico» olvidando que los discursos de los profetas en las Crónicas tienen exactamente esta forma imitativa, como se puede ver en 2. Crón., 15, 3-7, comparando este trozo con Oseas, 3, 4 y Jerem., 29, 13 y 14. Es fácil que el cronista haya hecho á sabiendas lo que en su tiempo le constaba ser costumbre permitida.

(3) Bajo este concepto el libro de Joel forma la única excepción.

(1) Esto proviene de que hasta ahora se ha concentrado la investigación preferentemente en el origen de cada escrito por sí, sin tratar de averiguar cómo ha llegado á reunirse, ni se ha parado suficientemente la atención en que es menester explicar la forma dada á cada libro por sí y á todo el cánon profético. Véase pág. 171 del periódico: *Zeitschrift für die alttestam. Wissenschaft*, 1881.